

acarrearón crueldades y penas; basta con este día para atormentar la vida, para destruir en lo interior del corazón la paz, y aquella benevolencia universal á que daba origen la esperanza de hallar corazones amigos en cuantas partes se encontraran hombres. ¡ Ah! que las naciones todavía honradas, que los hombres dotados de talentos políticos que no pueden hacerse cargo ninguno á sí mismos, conserven preciosamente semejante dicha! y que si su revolución empieza, no teman en medio de ellos mas que á los pérfidos amigos que les den el consejo de perseguir á los vencidos.

La libertad da fuerzas para la defensa suya; el concurso de los intereses hace descubrir todos los necesarios arbitrios; y el impulso de los siglos derroca cuanto quiere luchar en favor de lo pasado contra lo futuro: pero la acción inhumana siembra la discordia; perpetua las contiendas, separa en bandas divididas la nación entera; y aquellos hijos de la serpiente de Cadmo, á los que no había dado un dios vengador la vi-

da mas que condenándolos á luchar entre sí hasta la muerte, aquellos hijos de la serpiente, es el pueblo, en cuyo seno reinó por mucho tiempo la injusticia.

CAPITULO XVIII.

Porqué la nación francesa era la de la Europa que tenia mas gracia, gusto y alegría.

La alegría francesa, el buen gusto frances, tenían fama en todos los países de la Europa, y se atribuian generalmente semejante gusto y alegría al genio nacional; pero ¿qué es un genio nacional, mas que el resultado de las instituciones y circunstancias que influyen sobre la felicidad de una nación, sobre sus intereses y hábitos? Desde que se mudaron estas circunstancias é instituciones, y aun en los momentos mas sosegados de la revolución,

los contrastes mas picantes no fuéron el objeto de un epigrama ó de una chanza ingeniosa. Muchos de los hombres que tuviéron un grande ascendiente sobre la suerte de la Francia, estaban destituidos de toda apariencia de gracia en la espresion y de lucimiento en el talento; y aun quizas eran deudores de una parte de su influjo á lo que habia de tétrico, de silencioso, de friamente feroz tanto en sus modales como en sus afectos.

Las religiones y leyes deciden casi enteramente de la semejanza ó diferencia del espíritu de las naciones. El clima puede causar tambien en ello algunas mudanzas; pero la educacion general de las primeras clases de la sociedad es siempre una resulta de las instituciones políticas dominantes. Siendo un gobierno el centro de los mas de los intereses humanos, los hábitos y pensamientos siguen el curso de los intereses. Examinemos qué beneficios le resultaban á la ambicion de distinguirse en Francia con el atractivo de la gracia y alegría, y sabrémos porqué este

pais presentaba tantos perfectos modelos de una y otra.

El agradar ó desagradar era la verdadera fuente de los castigos ó premios que no se imponian por las leyes. Habia en otros países gobiernos monárquicos, reyes absolutos, y suntuosas cortes; pero en ninguna parte se hallaban reunidas, las mismas circunstancias que influian sobre el espíritu, y costumbres de los Franceses.

En las monarquias limitadas, como en Inglaterra y Suecia, el amor de la libertad, el ejercicio de los derechos políticos, varios disturbios civiles casi continuos, enseñaban á los reyes que ellos tenian necesidad de encontrar en sus favoritos ciertas prendas defensivas, y enseñaban á los cortesanos que aun para ser preferidos por los reyes, era necesario apoyar su autoridad sobre medios independientes y personales.

En Alemania, diversas dilatadas guerras, y la confederacion de los estados prolongaban el espíritu feudal y no presentaban cen-

tro ninguno en que pudieran reunirse todas las luces é intereses.

Los déspotas del Oriente y Norte tenían suma necesidad de infundir temor para estimular de modo ninguno el espíritu de sus vasallos; y el deseo de agradar á sus señores, es una especie de familiaridad con ellos que espantaría su tiranía.

En las repúblicas, de cualquiera manera que se hallasen constituidas, les era muy necesario á los hombres el defenderse ó servirse unos á otros para establecer entre sí relaciones de recreos y gusto.

La galantería de los Moros, la existencia que ella acordaba á las mugeres, hubieran podido hacer, bajo algunos aspectos, que los Españoles se acercaran al espíritu frances; pero las supersticiones á que ellos se diéron, atajáron en su seno todas las especies de progresos amables ó serios; y el perezoso genio del Mediodia lo abandonó todo á la actividad del sacerdocio.

Unicamente pues en Francia, en que la

autoridad de los reyes se habia consolidado con el consentimiento tácito de la nobleza, tenia el monarca un poder ilimitado en el hecho, é incierto sin embargo en el derecho. Esta situación le obligaba á contemporizar con sus cortesanos mismos, como que formaban parte de aquel cuerpo de vencedores, que á un mismo tiempo le hacia dejacion y salia por garante de la Francia, conquista suya.

La delicadeza del pundonor, una de las ilusiones de la clase privilegiada, precisaba á los nobles á condecorar la mas adicta sumision con las formas de la libertad. Era menester que ellos conservasen, en las relaciones con su señor, una especie de espíritu de caballería, que escribiesen en su broquel: *POR MI DAMA Y MI REY*, á fin de mostrar trazas de escoger el yugo que ellos llevaban; y mezclando así el honor con la servidumbre, trataban de bajarse sin envilecerse. La gracia en su situación era, por decirlo así, una política necesaria; y solamente ella podia comunicar algo de voluntario á la obediencia.

Debiendo el rey por su parte considerarse, bajo algunos aspectos, como el dispensador de la gloria, como el representante de la opinion, no podía recompensar mas que lisonjeando, ni castigar mas que degradando. Era necesario que él apoyara su potestad sobre una especie de asenso público, cuyo primer móvil era su voluntad sin duda, pero que se mostraba con frecuencia sin dependencia ninguna de su voluntad. Los vínculos delicados, las preocupaciones manejadas con arte, formaban las relaciones de los primeros súbditos con su señor; estas relaciones exigian una suma finura intelectual; era necesaria alguna gracia en el monarca, ó cuando ménos en los depositarios de su potestad; eran necesarios el gusto y delicadeza en la eleccion de los favores y favoritos, para que no se echasen de ver el principio ni los límites de la autoridad regia. Algunos de sus derechos debian reconocerse, y otros reconocerse sin ejercerse; y se cogian las consideraciones morales por la opinion con tanta finura, que una falta de tacto se conocia ge-

neralmente, y podia perder á un ministro, por mas apoyo que el gobierno tratara de darle.

Era menester que el rey se llamara el primer hidalgo de su reino, para ejercer á sus anchuras una ilimitada autoridad sobre los hidalgos; y era menester que él fortificara su autoridad sobre los nobles por medio de una cierta especie de lisonja para con la nobleza. No escluyendo entónces lo arbitrario en la autoridad la libertad en las opiniones, se conocia la necesidad de agradarse los unos á los otros, y se multiplicaban los medios de acertarlo. La gracia y gentileza de los modales pasaban de los hábitos de la corte á los escritos de los literatos. El punto mas elevado, la fuente de todos los favores, son el objeto de la general atencion; y así como en los paises libres el gobierno da impulso á las virtudes públicas, así tambien en las monarquias la corte influye en la especie de espíritu de la nacion, porque se quiere imitar generalmente lo que distingue á la clase mas elevada.

Cuando el gobierno es harto moderado para que no haya que temerse nada de cruel por su parte, y harto arbitrario para que todas las satisfacciones de la autoridad y fortuna dependan de su favor únicamente, cuantos aspiran á ello deben tener bastante calma en el ánimo para ser amables, y bastante habilidad para valerse de este frivolo embeleso para triunfos importantes. Los sugetos de la primera clase de la sociedad en Francia, aspiraban con frecuencia á la autoridad, pero no corrían ninguna peligrosa casualidad en esta carrera; jugaban sin arriesgar perder nunca mucho; la incertidumbre no consistía mas que en la medida de la ganancia; la esperanza sola pues animaba los esfuerzos: sumos peligros aumentan la energia del alma y pensamiento, la confianza comunica al ánimo todo el embeleso de la soltura y facilidad.

La alegría picante, aun todavía mas que la gracia urbana, horrabá todas las distancias sin destruir ninguna; ella hacia soñar en la igualdad con los reyes á los grandes,

con los nobles á los poetas, y aun infundía al hombre de una clase superior una idea mas refinada de sus prerogativas, un instante de olvido se las hacia volver á hallar despues con una nueva complacencia; y la mayor perfeccion del buen gusto y alegría debia nacer de este universal deseo de agradar.

La afectacion en las ideas y sensaciones, que vino de Italia á viciar el gusto de todas las naciones de la Europa, perjudicó en los principios á la gracia francesa; pero ilustrándose el espíritu, volvió necesariamente á la simplicidad. Chaulieu, La Fontaine, madama de Sevigné, fuéron los escritores mas naturales, y se mostraron dotados de una gracia inimitable. Los Italianos y Españoles estaban inspirados por el deseo de agradar á las mugeres; y sin embargo se hallaban distantes de igualar á los Franceses en el delicado arte de la alabanza. La lisonja que sirve para la ambicion, exige mucho mas talento y arte que la que no se dirige mas que á las mugeres; es menester saber

contemplar todas las pasiones de los hombres y todas las especies de vanidad, cuando la combinacion del gobierno y costumbres es tal, que los triunfos de los hombres entre sí dependen de su reciproco talento de agradarse, y que este talento es el único medio de lograr las plazas eminentes de la autoridad.

No solamente la gracia y gusto servian en Francia para los mayores intereses, sino que tambien uno y otro preservaban de la mas formidable desgracia, de la ridiculez. Esta es, bajo muchos aspectos, una potestad aristocrática: cuantas mas clases hay en la sociedad, tantas mas relaciones convencionales existen entre semejantes clases; y tanto mas obligados estamos á conocerlas y respetarlas. Se establecen en las clases altas ciertos estilos, ciertas reglas de urbanidad y gentileza, que sirven, por decirlo así, de contraseña, y cuya ignorancia descubriría hábitos y sociedades diferentes. Disponiendo de todos los favores del estado los hombres que forman estas clases altas, ejercen nece-

sariamente una suma dominacion sobre la opinion pública; porque, excepto algunas circunstancias rarísimas, la autoridad es de buen gusto, el valimiento tiene gracia, y son queridos los felices.

La clase que dominaba en Francia sobre la nacion, estaba versada en coger las mas finas diferencias; y como la ridiculez le hacia la mayor impresion ante todas cosas, era menester evitar la ridiculez ante todas cosas. Este temor ponía con frecuencia obstáculos á la originalidad del talento, y aun quizas podía perjudicar, en la carrera política, á la energia de las acciones; pero daba progreso en el ingenio de los Franceses á una especie de perspicacia singularmente notable. Sus escritores conocian mejor los genios, y los pintaban mejor que ninguna otra nacion. Obligados á estudiar incesantemente lo que podia perjudicar ó agradar en el trato de gentes, este interes los hacia muy meditadores. Moliere, y aun despues de él algunos otros autores cómicos, son hombres superiores, en su especie, á todos

los escritores de las demas naciones. Los Franceses no profundizan, como los Ingleses y Alemanes, los afectos que la adversidad hace experimentar; están muy habituados á alejarse de ella para conocerla bien; pero ninguna nacion de la tierra supo pintar nunca como los Franceses los genios de que pueden hacerse derivar efectos cómicos, á los hombres seducidos por la vanidad, engañados por amor propio ó engañadores por soberbia, á aquella infinidad de criaturas esclavizadas á la opinion de los otros, y que no anhelan mas que por ella.

La alegría conduce á ideas naturales; y aunque los finos modales de la sociedad en Francia estaban enteramente fundados sobre relaciones imaginarias, es necesario atribuir á la alegría de esta sociedad misma lo que se habia conservado de verdad en las ideas y en el modo de espresarlas.

No habia mucha filosofia sin duda en la conducta de los mas de los hombres ilustrados; los cuales mismos tenian frecuentemente debilidades que ellos condenaban en sus

obras: sin embargo lo que realizaba los escritos y las conversaciones, era una especie de homenaje tributado á la filosofia, que llevaba la mira de mostrar que se conocia de la razon cuanto el talento puede saber de ella, y que en caso necesario podria uno burlarse de su ambicion, de su soberbia, de su clase misma, aunque se hallaba bien resuelto á no renunciar de ello.

La corte queria complacer á la nacion, y esta á aquella; la corte aspiraba á la filosofia, y la ciudad á los modales cortesanos. Llegándose á mezclar los palaciegos con los habitantes de la capital, querian mostrar allí un mérito personal, un genio, un talento propio suyo; y los sobresalientes modales de los cortesanos eran un irresistible atractivo para los habitantes de la capital. Esta reciproca emulacion no aceleraba los progresos de las verdades austeras y fuertes; pero no quedaba una idea fina, una delicada deferencia que el interes no hiciera descubrir al talento.

Una obra bastante graciosa de Agrippa

d'Aubigné, distinguia, hace mas de dos siglos, el *ser* y el *parecer*, al hacer el retrato de un Frances, el duque de Epernon. En el antiguo gobierno, se ocupaban todos los Franceses mas ó ménos en el parecer, porque el teatro de la sociedad infunde singulares deseos de ello. Es menester cuidar de las exterioridades, cuando no podemos hacer juzgar mas que nuestros modales; y aun uno era disculpable de desear en Francia algunos triunfos de sociedad, supuesto, que no existia otra palestra para dar á conocer sus talentos, é indicarse á las miradas de la autoridad. Pero por lo mismo; ¡cuan numerosos asuntos de comedias deben encontrarse en un pais, en que no las acciones sino los modales pueden decidir de la reputacion! Todas las gracias forzadas, todas las vanas presunciones, son inagotables fuentes de chanzas y pasos cómicos.

El influjo de las mugeres es necesariamente grandísimo cuando todos los sucesos ocurren en los salones, y todos los genios se manifiestan por medio de las palabras; en

cuyo estado de cosas, son las mugeres una potestad, y se cultiva lo que les agrada. El lugar desocupado que la monarquía dejaba á los mas de los hombres distinguidos de toda especie, era indispensablemente muy favorable para la perfeccion de los gozos del talento y conversacion. No se lograba la autoridad en Francia por medio de la tarea y estudio; un chiste, una cierta gracia, eran á menudo la causa de los mas rápidos ascensos; y estos frecuentes ejemplos infundian una especie de filosofia indolente, de confianza en la fortuna, de menosprecio á los esfuerzos estudiosos, que inclinaban todos los espíritus hácia el recreo y gusto. Cuando la diversion es no solamente licita, sino tambien útil con frecuencia, una nacion debe llegar en esta especie á lo que puede haber de mas perfecto.

No se verá ya nada semejante en Francia con un gobierno de otra naturaleza, de cualquier modo que esté combinado; y se hallará bien probado entónces que lo que se llamaba el genio frances, la gracia francesa,

no era mas que un efecto inmediato y necesario de las instituciones y costumbres monárquicas, tales como ellas existian en Francia muchos siglos hacia.

CAPITULO XIX.

*De la Literatura durante el siglo de Luis XIV *.*

Volvió á comenzar en Europa el reinado de las letras por el estudio de los antiguos; pero la imitacion de los antiguos no dirigió el gusto literario mas que mucho tiempo

* No analizaré menudamente cuanto concierne á la literatura francesa; se dijéron ya todas las ideas interesantes en este particular. Me limito únicamente á señalar el camino que condujo los espíritus, desde el siglo de Luis XIV hasta la revolucion de 1789.

despues de la restauracion de ellas. Los Franceses cultivaban la literatura española al principio del siglo diez y siete; esta literatura tenia en si una especie de grandeza que preservó á los escritores franceses contra algunos defectos del gusto italiano, propagado entónces en toda la Europa; y Corneille que comienza la era del ingenio frances, debe mucho al estudio de los caractéres españoles.

El siglo de Luis XIV, el mas notable de todos en literatura, es muy inferior, bajo el aspecto de la filosofia, al siglo siguiente. La monarquía, y especialmente un monarca que contaba la admiracion entre los actos de obediencia, la intolerancia religiosa y las supersticiones todavia dominantes, limitaban el patrimonio del pensamiento; no podia concebir uno conjunto ninguno, tomarse la libertad de analisis ninguna en una cierta clase de opiniones, ni seguir una idea en todos sus progresos. La literatura, en el siglo de Luis XIV, era la obra maestra de la imaginacion; pero no era ella todavia una po-

testad filosófica, supuesto que un rey absoluto la fomentaba, y que ella no causaba recelos á su tiranía. Esta literatura, sin otro fin que el recreo del ánimo, no puede tener la energía de la que acabó conmoviendo el trono. Se veían diversos escritores tomar á veces, como Aquiles, el arma guerrera en medio de los ornatos frívolos; pero, en general, los libros no trataban las cuestiones realmente importantes: y los literatos estaban desterrados lejos de los intereses activos de la vida. La análisis de los principios del gobierno, el examen de los dogmas religiosos, el aprecio de los hombres poderosos, cuanto podia conducir á un resultado aplicable, les estaba totalmente vedado.

El libro de Telémaco era entonces una acción animosa; y Telémaco no contiene sin embargo mas, que verdades modificadas por el espíritu monárquico. Masillon, Flechier, aventuraban algunos principios independientes á la sombra de santos errores, Pascal vivía en el mundo intelectual de las ciencias y de la metafísica religiosa; La Rochefoucauld,

La Bruyere, pintaban á los hombres en la esfera de las sociedades particulares con una prodigiosa sagacidad; pero como no habia todavía nacion, no podían dibujarse allí los grandes rasgos de los caracteres políticos, que no se forman mas que con las instituciones libres. Corneille, mas inmediato á los turbulentos tiempos de la Liga, muestra con frecuencia en sus tragedias el genio republicano; pero cual es el autor del siglo de Luis XIV cuya independencia filosófica pueda compararse con la de los escritos de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Raynal, etc.?

La pureza del estilo no puede ir mas adelante que en las obras maestras del siglo de Luis XIV; y bajo este aspecto, debemos mirarlas siempre como los modelos de la literatura francesa. No encierran ellas (excepto Bossuet) todas las perfecciones que la elocuencia puede producir; pero están exentas de cuantas faltas alteran el efecto de las mayores perfecciones.

Una sociedad aristocrática es singularmente favorable para la delicadeza y finura

del estilo. Para escribir bien, hay necesidad tanto de hábitos como de reflexiones; y si las ideas nacen en la soledad, las formas propias de estas ideas, y las imágenes de que nos valemos para hacerlas sensibles, pertenecen casi siempre á los recuerdos de la educacion, y de la sociedad con la que vivimos. En todos los países, pero especialmente en Francia, tiene cada palabra, por decirlo así, su historia particular; pudo ennoblecerla esta circunstancia palpable, y afearla aquella otra. Un autor puede ridiculizar para siempre una espresion de que él se ha valido intempestivamente, un uso, una opinion, un culto, pueden realzar ó envilecer con ideas accesorias la imagen mas natural. Las reglas y buen gusto del estilo pueden conservarse en la reducida esfera de un corto número de hombres distinguidos, ya por su educacion, ya por su mérito. ¿ Como, en el seno de una sociedad grosera, llegaria uno á crear en sí aquella delicadeza de instinto que desecha cuanto ofende el gusto, aun ántes de haber analizado los motivos de su repugnancia?

El estilo representa, por decirlo así, al lector, la planta, acento, ademan del que se dirige á él; y la vulgaridad * de los modos no puede aumentar, en circunstancia ninguna, la fuerza de las ideas, ni la de las espresiones. Sucede lo mismo con el estilo; es necesario siempre que él tenga nobleza en los objetos serios. Ningun pensamiento, ningun afecto pierde por esto nada de su energia; y únicamente la elevacion del lenguaje conserva aquella magestad del hombre en presencia de los hombres, de la que no debe renunciar el que se espone á sus juicios; porque aquella multitud de desconocidos que se admiten, escribiendo, al conocimiento de nosotros mismos, no cuenta con la familiaridad; y la magestad del pú-

* Sé bien que esta palabra *la vulgaridad* no se habia empleado todavia; pero la tengo por buena y necesaria. En una nota de la segunda Parte de esta obra, esplanaré qué reglas me parece razonable abrazar hoy día con respecto á las voces nuevas.

blico se asombraría con fundamento de la confianza del escritor.

La independencia republicana debe tirar pues á imitar la correccion de los autores del siglo de Luis XIV, para que se propaguen los pensamientos útiles, y que las obras filosóficas sean al mismo tiempo obras clásicas en literatura.

Se disputó á menudo sobre lo que convenia preferir en las tragedias, entre la imitacion de la naturaleza y la perfeccion ideal. Remito á la segunda Parte de la presente obra varias reflexiones sobre el sistema trágico que puede convenir á un estado republicano; cuyo exámen no pertenece á este capítulo. El autor que llevó al mas alto grado de perfeccion el estilo, la poesía, el arte de pintar la belleza ideal, Racine, es el escritor que da mas la idea del influjo que las leyes y costumbres del reinado de Luis XIV ejercian sobre las obras dramáticas. El espíritu de caballería habia introducido en las máximas del honor una especie de miramiento que creaba necesariamente una naturaleza

de convencion; es decir, que existia un cierto grado de heroismo, por decirlo así, indispensable á la nobleza, y del que no era licito suponer que un noble pudiera ser privado. Aquel pundonor tan sensible, que en las relaciones de la vida no toleraba la mas leve expresion que pudiera ofender la mas exaltada arrogancia, aquel pundonor daba tambien sus leyes á la imitacion teatral, á los juegos de la imaginacion; y la diversidad de los genios que podian pintarse, debia permanecer dentro de límites prescriptos. No habia libertad para estender esta diversidad tan adelante como la naturaleza; y se hallaba uno contenido por un cierto respeto á las clases superiores, que no permitia representar en ellas cosa ninguna que pudiera envilecerlas.

La adulacion para con el monarca elevaba mas arriba todavia la perfeccion ideal. Se anonada la nacion cuando no está compuesta mas que con los adoradores de un solo hombre. La imaginaria grandeza que era necesario acordar á Luis XIV, inclinaba los poetas á pintar siempre índoles per-

fectas, como la que la adulacion habia inventado : la imaginacion de los escritores debia ir á lo ménos tan adelante como sus alabanzas; y se repetia un mismo modelo con frecuencia en las pinturas dramáticas. El carácter de Aquiles, en Ifigenia, tenia algunos rasgos de la galantería francesa; y se hallaban en Tito diversas alusiones á Luis XIV. El mas bello ingenio del mundo, no se propasaba á concepciones tan atrevidas como su pensamiento se las hubiera sugerido quizas, porque tenia presentes siempre en el ánimo á los que debian juzgarle.

El público terrible, pero desconocido, de una tumultuosa asamblea, infunde ménos timidez que aquel areópago de la corte en que el autor quisiera cautivar personalmente á cada juez. Ante un semejante tribunal, el gusto parece todavía mas necesario que la energía. Quiere uno llegar á los grandes efectos por medio de muchas diferencias, y no puede hacer uso entónces de los mismos medios de que se servia Shakespeare para arrastrar la turba popular que se arrojaba á sus piezas.

La pintura del amor, reinando Luis XIV, estaba sujeta tambien á algunas reglas recibidas. La galantería para con todas las mugeres introducida por las leyes de la caballería, la urbanidad de las cortes, el language pulido que la soberbia de las clases se reservaba como una distincion mas; todo ello multiplicaba los miramientos que uno debia guardar. Estas dificultades aumentaban á menudo el lustre del ingenio que sabia superarlas; pero tambien á veces la afectada espresion entibiaba la conmocion. Una especie de espíritu madrigálico testificaba la serenidad, aun cuando uno queria pintar la seducción; y se hacia uso frecuente de un language que no pertenecia á la razon ni al amor.

Le faltaba algo, aun á Racine, en el conocimiento del corazon humano, bajo las relaciones que la filosofía sola puede hacer descubrir. Pero si es necesaria una profunda reflexion para distinguir lo que pudiera añadirse todavía á semejantes obras maestras, los limites de la filosofía, en el siglo de Luis XIV, se dan á conocer de un modo

mucho mas notable en las obras literarias que no pertenecen al arte dramático. Cuyos limites son una de las principales causas de la mediocridad de los historiadores.

Las guerras de religion habian dado origen á un espíritu de partido que convierte muchas historias en defensas teológicas; el espíritu de cuerpo, diferente tambien del de partido, pero no ménos distante de la verdad, desfigura igualmente los hechos. Dando finalmente el código de la feudalidad por basa á todas las instituciones, á todas las autoridades, los derechos anteriores sancionados por el tiempo, no era lícito decir la verdad sobre lo pasado, por mas antiguo que pudiera ser: las autoridades presentes dependian de ello; y diversos errores de toda especie detenian á los historiadores sobre todas las materias; ó lo que era mas sensible todavía, los historiadores abrazaban sinceramente estos errores mismos.

Rodeado el hombre de tantas instituciones respetadas, de tantas preocupaciones sobresalientes, de tantas conveniencias recibidas,

no podia recurrir á la independencia de sus reflexiones; su razon no debia examinarlo todo, y su alma no estaba exenta nunca del yugo de la opinion; la soledad misma no conducia su reflexion á las ideas naturales: el ascendiente del monarca y del culto monárquico habia penetrado en la íntima conviccion de todos. No era una tiranía que comprimiera los espíritus y las almas, sino una tiranía que les parecia á todos tan conforme con la naturaleza de las cosas, que se habituaba uno á ella como al orden invariable de lo que existe necesariamente.

Un solo refugio quedaba todavía, la religion, y en este refugio, un hombre, Bossuet, hizo oír algunas animosas verdades. Todos los intereses de la vida estaban sujetos al monarca; pero, en nombre de la muerte, se podia hablarle todavía de igualdad. Aquellos dogmas, aquellas ceremonias, aquel aparato religioso, eran entónces la única barrera de la autoridad; la citaban ante la eternidad; y si los hombres abandonaban á otro la disposicion de su existencia, apela-

ban á Dios, que hacia temblar á los reyes.

En nuestros tiempos, si se estableciera en Francia el poder absoluto de uno solo, careceríamos de este recurso á ideas magestuosas, á ideas que dominando sobre el género humano entero, consolaban de los acasos de la suerte; y la razon filosófica opondria ménos diques á la tiranía, que la indómita creencia, que el intrépido rendimiento del entusiasmo religioso.

CAPITULO XX.

Del Siglo diez y ocho hasta el año de 1789.

ESTA época es aquella en que la literatura dió impulso á la filosofía. No hallándose defendidos ya los mismos abusos por la misma autoridad, despues de muerto Luis XIV, dirigióse la reflexion hácia las cuestiones relativas á la religion y política; y dió principio

la revolucion de los espíritus. Conocidos en Francia los filósofos ingleses, fuéron una de las primeras causas de aquel espíritu de analisis que llevó tan adelante á los escritores franceses; pero, prescindiendo de esta causa particular, el siglo que se sigue al de la literatura es en todos los países, como he procurado probarlo, el del pensamiento. ¡Feliz si los Franceses son harto favorecidos por la suerte, para que el hilo de los progresos metafísicos, de los descubrimientos en las ciencias, y de las ideas filosóficas, no se rompa todavía en sus manos!

La libertad de las opiniones comenzó, en Francia, por algunas impugnaciones contra la religion católica; en primer lugar, porque eran los únicos atrevimientos sin consecuencia para el autor; y en segundo, porque Voltaire, el primer hombre que haya popularizado la filosofía en Francia, hallaba en esta materia un inagotable caudal de bur-las, todas conformes con la índole francesa, y aun con la de los cortesanos.

No reflexionando estos últimos sobre la